

viaje con manchas en un espejo

I

Primero era una mancha de luz. Martín Rubí la vio cuando se acercó a la ventanilla: una pequeña mancha, como una llama. Pero en ella estaba encerrado el vagón: unas borrosas figuras; el asiento de los guardias rurales; la cara del viajante Mazuña; el largo cuerpo de un empleado, parecido a un sacristán.

Encerrado el vagón, atrapado, en la mancha de luz. La mancha de luz estaba en la ventanilla. La ventanilla tenía, por fondo, la noche, espesa, oscurísima, del campo.

¡Buena mancha para quitar el sueño! Martín Rubí no podía separar sus ojos de ella. Eran las cinco de la mañana; el tren acababa de salir del pueblo.

En el asiento que estaba detrás del que ocupaba Martín Rubí, se encontraba sentado el viajante Mazuña. Mazuña era un gallego gordo, con bigote largo, con sortija grande.

Mazuña decía con voz fuerte, con voz que parecía que iba a despertar a los muertos:

—¡Aquella comida a que me invitaron los de la finca de Torriente! Me invitó el viejo Ulacia, con toda su prosopeya; ¡parecía que se iba a acabar el mundo! Por eso yo fui a la finca como si fuera a comer con el rey. Y efectivamente, allí estaba Ulacia que ni el rey de España, con botas y espuelas, y el copón divino. ¡Pero cuando nos sentamos a la mesa fue cuando vino la cosa! Todo se le fue en mucho criado uniformado, y mucho servicio a la rusa, o qué sé yo, pero de comida nada. Ulacia, como un mayoral, con su prosopopeya; y yo con un hambre del demonio. Hasta que llegó el postre, compadres. Llegó el postre con un cake más grande que una casa. Entonces, entonces fue la cosa. Yo me dije: "Mazuña, ahora te vas a poner las botas". Y el viejo Ulacia, como si fuera a cortar la bola del mundo, levantó el cuchillo y . . . cortó. Pero coño, ¡lo que cortó fue un cake de merengue! ¡Un cake de merengue! Todo era paripé.

Traca-traca-traca, hacía el tren. En la mancha de luz de la ventanilla estaba también la conversación de Mazuña; estaba el ruido del tren; estaba el frío de la madrugada.

Martín Rubí estaba vestido con el uniforme de gala del colegio de los jesuitas. Su pueblo iba quedando atrás, por lo que a él no le quedaba más remedio que aferrarse, como alucinado, a la mancha de luz de su ventanilla.

A veces alargaba su mano, pasando los dedos por el cristal. ¡Uf, qué helada estaba aquella ventanilla! Gotas de rocío, como hilitos, cruzaban por ella; mientras afuera estaba la noche, una noche que daba miedo. Entonces Martín Rubí esperaba que los hilitos acabaran de caer, para que de nuevo la mancha apareciera sobre la ventanilla, con todos los que estaban en el vagón.

También estaba el campo. El campo, oscuro. El campo, corriendo, apareado a la ventanilla que miraba Martín Rubí.

Un adolescente, cuando pierde de vista a su pueblo, no puede ya confiar en nada; tiene que andar con pies de plomo. Claro que puede encontrarse, por ejemplo, con una mancha de luz sobre un cristal, y comprobar, además, que esta mancha de luz es como la vida: contiene el frío, el temblor, la risa, el miedo, la alegría, las voces, los objetos. Pero ¡cuidado!, hay que tener cuidado: lo otro puede ser peligroso, puede llevar al vértigo y, quizás, hasta a la obsesión.

Así que, precavido, también Martín Rubí se iba sumergiendo en su uniforme, con la misma actitud de quien se mete a vivir dentro de una sotana; pensando, mientras hacía esto, en esa cosa tremenda que es el pecado mortal.

II

Había sido en el colegio, en uno de los últimos días del curso. Todos los de la división estaban en la capilla. Era por la tarde. ¡Qué silencio, qué enorme silencio había! Se podía oír hasta el ruido de una mosca. Entonces el padre espiritual se sentó frente a una mesa; sobre la mesa había un tapete rojo.

El padre espiritual tosió; metió su mano por el bolsillo largo, larguísimo, de la sotana; sacó un pañuelo blanco, sacó un reloj. Luego, colocó el reloj sobre la mesa.

Pasaron los segundos, pasaron los minutos, y pasó una hora. El padre espiritual hablaba, pero ya, en la capilla, el silencio no era completo, pues se oía la gritería de los alumnos de otra división, mientras jugaban al basket.

Aquello también era rojo. ¡Qué rojo! Todo era rojo.

Rojo, como fuego, parecían las puertas, los cristales de las ventanas, el techo de la capilla. Rojo, enormemente rojo, era el tapete que cubría la mesa, sobre la cual había colocado su reloj el padre espiritual. Este decía: el pecado mortal. El pecado mortal, decía el catecismo, mataba el alma del que lo hacía. El pecado mortal era, pues, también rojo. Rojo como el infierno, al cual conducía.

Y el padre espiritual volvía a meter su mano por el bolsillo largo, larguísimo, de su sotana; sacaba un pañuelo blanco; se secaba la frente. ¡Ardua cosa era hablar del pecado!

Una vez hubo un alumno ejemplar —decía el padre espiritual— en uno de los colegios que tenían los jesuitas, allá por Europa. El alumno, que se llamaba Tirso, fue un niño afable, cariñoso, disciplinado, comedido, estudioso. “¡Fue un modelo, un alumno ejemplar!”, vociferaba el padre espiritual. Pero ¡ay!, ese alumno había cometido un pecado mortal, un sólo pecado mortal y, sin tiempo para arrepentirse, lo había sorprendido la muerte.

La capilla era roja. El pecado era rojo. Muy sudados debían de estar los alumnos que gritaban, los alumnos de la otra división que jugaban al basket.

Todos los profesores de aquel colegio —decía el padre espiritual— querían al niño Tirso, y ¿cómo no lo iban a querer, si él había sido el mejor alumno? Así, que el padre rector dispuso que le celebraran una misa de difuntos en el colegio. Pero, cuando el sacerdote que oficiaba la mesa —precisamente, este sacerdote era el último profesor que había tenido Tirso— estaba en los actos preparativos de la consagración . . .

Martín Rubí oía los gritos de los jugadores de basket. A su lado Pedro Castelló, el gordito que había muerto durante las vacaciones, inclinaba la cabeza, en acto de contricción (lo habían impresionado las palabras del jesuita).

Decía el padre espiritual. Aquel sacerdote, que había sido el último profesor del niño Tirso, notó que sus manos no le respondían, que se le inmovilizaban las piernas. ¡Fue un momento terrible! Estaban los alumnos en la espera del momento culminante de la Santa Misa. Pero el sacerdote no podía hacer nada, no podía moverse. Y ahí fue cuando, en medio de las llamas del infierno, hizo su aparición el niño Tirso, para decir con voz cavernosa: “Padre, detenga esta misa. Yo no me merezco esta misa, he muerto en pecado mortal y estoy en el infierno”.

Después, el padre espiritual dejó de hablar. Entonces, como locos, todos cayeron de rodillas. Era una espectáculo imponente. Los alumnos

de la división de Martín Rubí, llenos de silencio, de fervor, de arrepentimiento. (Las voces de los jugadores de basket se alejaron, hasta convertirse en un susurro casi fantasmal.)

Después, también, y como por arte de magia, los curas llenaron los confesionarios.

¡Había que confesarse!, por lo que Martín Rubí ingresó en la fila del confesionario del padre Pérez. El padre Pérez le había dicho una vez, cuando aún él era un niño: "Rubí, usted es el alma más pura de este colegio".

Martín Rubí sintió que todo era rojo. Rojo el padre espiritual, el niño Tirso, el pecado mortal, el infierno.

Martín Rubí sintió, también, que todo se le escapaba. Que se le perdía su infancia, que se le perdía el recuerdo. Ahora estaba frente al pecado y, ¿cómo podría reconciliarse con sus imágenes, con sus fantasías? No, no podría. Tendría que olvidar sus sueños, ciertas tardes, cierto olor, sus juegos . . .

Claro que ya, desde hacía algunos años, desde que vino para La Habana, las cosas habían empezado a cambiar. Viviendo en un hotel, se había sentido rodeado por un mundo en el cual sabía que nunca podría penetrar: las calles, un cine, una noche de invierno, lo habían sorprendido como lo duro, como lo lejano; lo habían tentado, con una extraña fascinación; o bien lo habían abrumado, con el peso de su indiferencia.

Pero Martín Rubí, como un navegante que pretendiendo ir hacia el polo norte dirige, sin embargo, su nave hacia el polo sur —¡qué espantosa contradicción!—, acabó comprándose una **Historia Universal**, para así, sumergiéndose en la lectura, acabar conquistando la realidad.

No le interesaron mucho los griegos, ni tampoco los hombres de la Edad Media, pero al entrar en la lectura del Renacimiento, se sintió más interesado.

¡Curioso!, lo que más lo atrajo fue la lectura de aquellas páginas donde se describía el falso esplendor de una monarquía decadente, se relataba la derrota de un ejército, o se refería el fracaso lamentable de un personaje de opereta.

Así, se sintió hechizado por una lámina del Felipe II viejo, derrengado ya, por el hundimiento de la Armada Invencible. También se obsesionó con el General Lee y su trasnochado ejército confederado; o soñó, largamente, con la figura de Napoleón III, retirado con Eugenia de Montijo en Chislhurst, después de haber perdido a todos sus soldados.

Pero esos sueños de su **Historia Universal** se le habían disipado, en uno de los últimos días del curso; frente a un confesionario; después

que el padre espiritual había hablado de la condenación del niño Tirso.

El viejo emperador Napoleón III, paseando del brazo con Eugenia de Montijo por los espléndidos senderos de un exquisito jardín inglés, se había evaporado por completo. Todo era rojo. El infierno era rojo. El niño Tirso había acabado por dar con sus huesos en el infierno.

Por lo que no había tenido más remedio él, Martín Rubí, que cruzar los brazos, colocándose sobre la cuarta baldosa de la capilla del colegio.

Traca-traca-traca, hacía el tren. ¡Qué oscura estaba la noche! Se habían acabado las vacaciones de Martín Rubí.

Y él, frente a aquel confesionario, se había encerrado en sus estereotipias. Había cuidado la raya de su pantalón; había dirigido su mano, con precisión, hacía un bolsillo determinado de su saco; se había apoyado, con un tiempo simétricamente regulado, sobre uno u otro pie. ¡Ya no podría ser el general Lee, noblemente derrotado en el sur! Pero su rigurosa disciplina, eso sí, le impediría incurrir en error. Pues todo era rojo. Y el niño Tirso había sido condenado.

III

—Marianela quiere bañarse en el rocío —dijo una voz. La voz sorprendió a Martín Rubí.

—No quiero ese baño, ni mucho menos el rocío, lo que quiero yo es dormir —contestó una voz femenina.

Fue entonces cuando Martín Rubí, volviendo la cabeza, vio a los cuatro actores: una mujer y tres hombres. Ellos, representando **Marianela**, habían actuado la noche anterior en el teatro del pueblo.

—Este buchito de café se lo ofrecemos a los dioses. ¡Esto sí es un brindis! —dijo el más viejo de los actores. (Se llamaba Octavito.)

—Torriente, un pueblito que no está en el mapa —dijo la actriz. La actriz era una cuarentona, con el pelo pintado de rubio.

—Torriente, feliz pueblito, cuyos habitantes tienen sueños benignos e ingenuos —dijo el actor que antes había sorprendido a Martín Rubí. Este actor tenía voz de trueno.

De Torriente, pues, hablaban; del caserío de Torriente, frente a cuyo paredero, en aquel momento, el tren estaba detenido.

Empezaba a clarear. Como detrás de un cristal parecían los matojos.

Había flores. Flores heladas —cubiertas de rocío—, en los jardines de algunas casitas.

No había ni un alma por las calles a esa hora. Pero en el paradero se vio a un chino viejo que vendía dulces; a un policía mulato, con cabeza

de mulo; a un guajiro gordo, montado en un caballo; y a un guardalmacén cojo, con cara de pocos amigos.

—Un pueblito como otro cualquiera —dijo el actor viejo, que se llamaba Octavito.

—Está tomando agua —dijo, del ruido de la locomotora, el viajante Mazuña.

—¡Oh manes de Galdós y de otros genios! ¡Oh pueblo de Torriente! —dijo el actor voz de trueno.

Cantaba un gallo cuando se oyó el ruido que hacía, al abrirse, la puerta de una bodeguita que estaba frente al paradero.

—Un pueblo donde a Marianela le hubiera gustado refugiarse —dijo la actriz pelo pintado.

Entonces el rocío corrió por las ventanillas del tren. Entonces una gallina empezó a escarbar en una mata de rosas, frente a la casa del guardalmacén. Entonces se vio que la iglesia del pueblo tenía las puertas pintadas de carmelita.

Y el tren estuvo parado un rato. Un rato, largo, estuvo parado en Torriente.

Y los actores hablaron de Galdós, de **Marianela**. Y la actriz rubia, pelo pintado, se rió mucho de que ella fuera **Marianela**.

Martín Rubí oía, miraba, a los actores. Martín Rubí había cambiado de asiento, para no perder un detalle de su cháchara.

Después el tren partió. Poquito a poco partió.

El pueblito corrió, lento, silencioso, por la ventanilla del tren. El pueblito dejó, en la mirada de Martín Rubí, otra mata de rosas cubierta de rocío (detrás de un bajareque que se estaba cayendo), y la acera de un portal, y una vieja baldeando una acera, y la veleta de un molino.

Traca-traca-traca, volvió a hacer el tren. Los hilos de rocío siguieron cayendo por la ventanilla de Martín Rubí; pero, por supuesto, ya no había en ella ninguna luz, grande, reflejándose en sus cristales.

Entonces, como el ruido del tren perdió la voz de los actores, Martín Rubí se volvió para el asiento que tenía antes. Allí le daba la espalda a los actores, pero ellos saltaron por su sueño, saltaron y saltaron, hasta llegar a situarse en un punto lejano, lejanísimo.

Allí, la risa del actor voz de trueno era tremenda, tan tremenda, que como que arrastraba a Martín Rubí a abrir y cerrar puertas, a abrir y cerrar puertas, hasta su infancia.

La risa del actor voz de trueno era como la tía Rosa, y como Juan Ignacio.

Toda labrada en los colores del 1930 estaba la tía Rosa. Ella, en

aquel tiempo, era estudiante universitaria, había conocido a Mella. Leía **novelas prohibidas** . . . Citaba un panfleto político en defensa de Lenin. Recitaba a Bécquer. Y tenía ideas libres.

Juan Ignacio, un abogado fracasado, visitaba a la tía Rosa. Mucho visitaba a la tía Rosa.

Juan Ignacio vivía en una habitación destartada de una casa de huéspedes de La Habana Vieja —no trabajaba, ni nunca había trabajado. Juan Ignacio tenía dos malos cuadros, que eran dos copias malas, de dos pintores malos, del siglo pasado; tenía una vitrola; y tenía también una colección de cartas amorosas célebres. Juan Ignacio, por supuesto, fue el primer héroe frustrado que admiró Martín Rubí.

Sobre un puente, ahora el tren hacía tracamán, tracamán, tracamán. Era bueno sentir ese sonido. Era un sonido que llegaba hasta el ombligo.

Como con un soplo, limpias se habían puesto las ventanillas. Detrás de ellas había palmas, y más palmas, y más palmas, que corrían, que se alejaban del tren.

¡Así que era la mañana! Una mañana como que brincaba.

También los actores brincaban, corrían, por el sueño de Martín Rubí. Y entonces fue cuando a éste le sucedió una extraña experiencia, una experiencia casi inenarrable.

IV

Manchas, puntitos negros, en el espejo del vagón. Martín Rubí se fijó en el espejo del vagón.

Gaitas, o dos vísceras, eran las manchas rojas que había en la parte superior del espejo. Debajo de ellas había otras tres manchas, pero eran manchas negras: dos de ellas componían unas figuras híbridas, la tercera aparentaba la forma de un extraño objeto.

Martín Rubí miró, con insistencia, hasta que sus pies se le enfriaron, hasta que sus manos empezaron a sudar.

Las manchas rojas eran como una pena en el estómago. ¡Se iban a derramar por el espejo! Las manchas rojas eran, también, como el amargo sabor del humo que lanzaba la locomotora.

Entonces, sobre Martín Rubí, fue la imagen de lo que cortaba . . . de lo que podría cortar sus ojos, su cuerpo. Así que, ante ello, sólo cabía contraerse, disminuirse casi, hasta quedar como agazapado.

¡Fue una experiencia terrible! Pues, como si dijéramos sin previo aviso, Martín Rubí se veía en aquel vagón levitando en el vacío, y contrayendo su cuerpo.

Traca-traca-traca, hacia el tren. Y las palmas corrían al lado del

tren. Y un mulatito, que era el mozo del lunch, apareció por el pasillo con una bandeja llena de tazas de café.

Aquello era como cerrarse, y cerrarse, y cerrarse, las paredes del mundo. Aquello —manchas rojas— era como la herida de una cuchilla de afeitar.

—Café, deme uno —dijo Martín Rubí al mozo del lunch.

Pero, cuando el mozo le entregó la taza de café, y Martín Rubí extendió la mano para cogerla, ¡uf!, vio con terror que su mano le temblaba, y que también le temblaba su brazo, y hasta su hombro.

¿El mozo lo miraba?, ¿no lo miraba? ¿Mazuña lo miraba?, ¿no lo miraba? ¿Todos, en el vagón, lo miraban?, ¿no lo miraban? Ah, él se sintió como un despreciable enfermo; o como alguien que, levitando en el vacío y separado de todos los demás, fuera poco a poco perdiendo fragmentos de su personalidad, hasta llegar a convertirse en lo espantoso de una conciencia que sólo pudiera registrar el terror.

Ah, él se sintió como un despreciable enfermo: saboreaba, amargamente, el humo de la locomotora; rozaba, infernalmente, la tela de su uniforme de colegial; miraba, horriblemente humillado, ese temblar de sus manos del que no podían menos que haberse fijado todos los que estaban en el vagón.

Pero también en el espejo estaban las figuras híbridas. Eran dos negros músicos: subiendo, bajando. Una historia alucinó a Martín Rubí cuando se fijó en ellos.

Traca-traca-traca, hacía el tren. Y parecía que ese ruido se podría meter por el cuerpo, hasta cortarlo . . . Pero dos manchas negras eran dos figuras; dos figuras eran dos músicos negros; y esto componía una historia para Martín Rubí.

Los hermanos Marx danzaban, se levantaban, caminaban. Había un trapecio en medio de la ópera. Martín Rubí —muchos años hacía— había visto la película en el Cine Actualidades.

Como si fuera en un desván. Manchas negras: dos músicos negros subían, bajaban, en aquella película vista a las cinco y media de la tarde de un día de mil novecientos treinta y pico.

Aquella tarde hacía frío, y su tía Rosa lo acompañó al cine.

Los hermanos Marx jugaron en la ópera. Los músicos negros quedaron en el desván. Su tía Rosa. Todos se reían. La risa como la del actor voz de trueno; pero de pronto la tarde se volvió oscura: se llenó de niebla: y esto debe haber sido cuando, finalizada la película, ellos salieron del cine.

Entonces, cuando salieron del cine, Martín Rubí pensó en Juan Ignacio. Su sueño construyó un héroe lacio, frustrado. El quería ser,

cuando fuera un hombre, un héroe frustrado, para leer novelas que a nadie interesaban, en la habitación destartada de una casa de huéspedes.

Traca-traca-traca, el tren se metió por un pequeño túnel (era un pequeño y destartado túnel). Traca-traca-traca, el tren, en seguida, volvió a salir a la luz. Y había un sol espléndido —el sol tocaba las ventanillas del vagón—, y las palmas corrían, apareadas al tren.

¡Qué sol espléndido! Tanto lo era que Martín Rubí llegó a sentir la magnificencia de sus rayos, y esto aunque estaba destruido y aunque algo pudiera cortar su cuerpo.

Y, además, para poder sentir aquel sol, también estaban las figuras. Las figuras de dos negros músicos: subiendo, bajando: ellas resbalaban por sus nervios, por su piel, hasta levantarle el ánimo.

Manchas negras en el espejo. Dos negros músicos tocando en la ópera. Piezas alucinantes que hacían rodar los recuerdos, que hacían girar al sueño. Eran la tía Rosa, eran la risa del actor voz de trueno, eran la historia frustrada del abogado Juan Ignacio, eran los hermanos Marx en la ópera, eran las novelas 1930, eran un pedazo de tarde fría, eran un desván filmico, eran las cinco y media de la tarde.

Manchas negras en el espejo. Dos negros músicos tocando en la ópera. Piezas que ensamblaban sabores, olores, voces, imágenes, recuerdos. Eran el roce del uniforme de colegial sobre la piel, eran el rayo de luz de la linterna del acomodador del cine, eran el olor de las páginas de una novela vieja, eran las mejillas frías por una tarde de invierno, eran un perchero chocando con una pared destartada.

¡Pero esto, aunque levantó el ánimo de Martín Rubí, no fue todo! Pues a él aún le quedaba por descender un escalón más por el infiernillo en que se le había convertido el espejo del vagón.

¡Y esto fue lo que hizo!

Miró de nuevo, al espejo, para encontrar la última mancha, la que aparentaba la forma de un extraño objeto: aparentaba un cinturón como congelado, y con los bordes llenos de espinas.

El cinturón, las espinas, lo acosaban. Todo pareció, de nuevo, abandonar a Martín Rubí. Pero ya, como antes, no giraba en el vacío; muy por el contrario, fuertes cadenas parecía que iban a aferrarse a su cuerpo.

“Con los brazos cruzados. Con los brazos cruzados y por la cuarta baldosa”, decía el recuerdo. “Con los brazos cruzados y por la cuarta baldosa”, decía el jesuita. El, entonces, iba caminando por la galería del colegio.

Una mancha, en el espejo. Un cinturón congelado y con los bordes llenos de espinas.

Una vez, pensó Martín Rubí, fue interrogado un santo que estaba al lado de una mata de manzanas, sobre cuántos llegarían a salvarse. El santo no contestó, pero fuertemente movió a la mata que tenía a su lado, hasta que casi todos sus frutos cayeron en tierra y entonces, hecho esto, dijo con cavernosa voz: "El número de los que se salvarán será igual al de las manzanas que han quedado en este árbol".

Una vez, pensó Martín Rubí, había el padre espiritual contado esta anécdota del santo. Y todo era rojo. Y Tirso, el niño Tirso, había muerto en pecado mortal. ¡Muy difícil era la salvación!

Pero, llegado a este punto, he aquí que Martín Rubí, para salvarse de la confusión que le producían las manchas del espejo, comenzó a elaborar una síntesis . . .

Fue una extraña síntesis. Pero, veremos cómo llegó a ella.

V

En ese momento el tren llegó al paradero de Unión de Reyes. Allí, el humo negro de la locomotora pareció que, para siempre, iba a tapar todas las cosas, a cubrirlas, a esconderlas. Pero no pudo ser, porque el andén se llenó de billeteros, se llenó de viejas con cajas de cartón, se llenó de guajiras vestidas de punzó, y se llenó con guardias rurales de cara de elefante.

Aunque nada de esto lo pudo ver bien Martín Rubí, pues ya había comenzado sus síntesis . . . : es decir, por lo pronto había cruzado sus brazos y había inmovilizado su cuerpo —cara, brazos, manos, piernas, pies, todo— por el espacio de unos minutos.

—Vieja, Alfonso le manda recuerdos —dijo, desde una de las ventanillas, un hombrecito desdentado que había cogido el tren en Guarina.

Tras, tras, tras, hizo una locomotora, por una línea paralela a aquella por donde corría el tren.

Y Martín Rubí, inmóvil, lo oyó.

Y había gaitas, o vísceras, en las manchas rojas del espejo. Por lo que Martín Rubí tenía que aprovechar el espacio de unos minutos para decirse, repetirse a sí mismo, que nada de saltos, ni de gestos espontáneos podía permitirse; que él no podía arriesgarse a ser **cortado** . . .

Los números del próximo sorteo, casi que como unos desafortunados lo gritaron los billeteros. También un caballo pasó corriendo por el lado del tren. Y una vieja, muy vieja, tanto se tambaleó por el pasillo del vagón, llevando una caja medio rypiada, que por poco, por poquito, se cae arriba de unos viajeros. ¡Qué ruido, qué algarabía!

Y Martín Rubí, inmóvil, lo oyó.

Y ellos, los músicos, manchas negras del espejo, tenían máscaras de ave, y una pierna separada de sus cuerpos con la que subían, bajaban, rítmicamente. También la tía Rosa era como la risa del actor voz de trueno. Pero había que tener cuidado, porque todo estaba bajo la amenaza de una cuchilla de afeitar.

Entonces fue cuando el tren empezó a caminar. Poco a poco fue dejando a Unión de Reyes. Y caballos, casitas, guajiros, jardines, calles, se yuxtapusieron malamente, pero componiendo un cuadro encantador.

Y esto, sí lo pudo ver bien Martín Rubí, pues ya, terminada la primera parte de su síntesis, había cumplido con ese espacio de unos minutos, en que debía permanecer bajo una severa inmovilidad.

Su camino —comprendió entonces— era el de la tarde aquella del cine, pero lo rojo, que en ese momento era la mancha de un espejo, y antes había sido el fuego del pecado, había acabado por condenar al niño Tirso. Pero ¡ah!, también quedaba otra mancha; la mancha que componía un cinturón congelado. Y aquí, no cabía duda, estaba el símbolo de cómo tendría, en lo futuro, que regir sus acciones.

Sí —lo comprendía perfectamente—, él debía de meter su cuerpo, sus actos, su vida toda, dentro de ese cinturón congelado. Así podría resguardarse de la terrible amenaza de ser cortado . . . Así, aunque fuera en rígidos fragmentos, podría salvar algunos de los recuerdos que lo alucinaban.

Esto, pues, se dijo Martín Rubí, y de esta forma compuso su **síntesis**: un rígido plan de vida que, protegiéndolo, sería como ese cinturón congelado y con los bordes llenos de espinas que figuraba la mancha del espejo.

El tren siguió corriendo. Siguieron corriendo las palmas. También siguió corriendo la mañana. ¡Ya faltaban dos horas para que el tren llegara a La Habana!

Con los brazos cruzados y por la cuarta baldosa, se dijo entonces Martín Rubí. Pues él ordenaría, para siempre, sus actos dentro de un rígido ceremonial. Pues él vigilaría sus gestos, sus palabras. Pues él estudiaría el movimiento de sus manos, de sus piernas. ¡Que nada de su vida fuera a quedar bajo el peligro de lo espontáneo!

Traca-traca-traca, hacía el tren. Y el viajante Mazuña se bajó en el paradero de un caserío, que estaba después de Unión de Reyes. Y los actores, aunque Martín Rubí no supo cuándo, también se bajaron del tren.

Ya no había ninguna luz grande en el cristal de la ventanilla. Ya Martín Rubí estaba metido en lo frío de un cinturón congelado, para lograr, aunque dolorosamente, salvar los sueños de su niñez.

Rígido estaba Martín Rubí, y parecía mirar desde una fría lejanía a los demás. Rígido, y como un frío autómatas, vigilaba sus gestos. Pero detrás de su cinturón, las figuras de los músicos y la risa del actor voz de trueno hacían de las suyas. Así que, si alguien hubiese podido mirar en su interior, con asombro hubiese descubierto que bajo su fría apariencia estereotipada, se encontraba un delirante actor provinciano que, de la mano de una tía Rosa y de un abogado Juan Ignacio, ensayaba la destartada escena en que el emperador Napoleón III abdicaba en una habitación fantasmagórica.

¡Extraña manera tuvo Martín Rubí de salvar sus sueños!

Y esto fue, nada menos, que en un viaje por tren. En un viaje por tren en que el espejo del vagón tenía unas manchitas rojas y unas manchitas negras.

LORENZO GARCIA VEGA

LORENZO GARCIA VEGA, poeta y novelista que figuró en el grupo de la revista "ORIGENES". Entre su obra figura un libro de poesía titulado "Suite para la Espera". En la década del 50 obtuvo el Premio Nacional de Literatura con su novela "Espirales del Cuje". Ha colaborado en un número anterior de la Revista. Actualmente reside en New York.